

¿En qué consiste la vida abundante?

«... yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia» (Juan 10.10)

La palabra «abundante» es en realidad una palabra que pertenece al mar. Proviene de una palabra del latín y significa algo como una ola desbordante. La vida abundante es la vida que desborda, la vida exuberante y próspera.

La palabra de Jesús es una promesa del presente. En el transcurso de los siglos, los críticos del cristianismo han sido prolijos en críticas en el sentido de que los cristianos no son de mucho valor terrenal porque tienen todas sus esperanzas puestas en el cielo. Jesús dijo: «Yo doy a mis seguidores algo bueno aquí y ahora».

En Mateo 19.29, Jesús dijo: «Y cualquiera que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna». ¿Cuánto es cien veces más? Cien veces equivaldría a 10.000 por ciento. A ningún banco ni banquero se le ocurriría dar tal clase de interés. Imagínese que pone un dólar en el banco, con la promesa de que, antes de morir, usted recibirá diez mil dólares. Si pone diez dólares, recibirá cien mil. Si pone cien dólares en el banco, se le garantiza que recibirá un millón de dólares antes de morir. «... tantas son las veces» que Jesús promete (NASV).

Él, que es dueño del ganado y de los millares de animales en los collados (Salmos 50.10), Él, que es dueño de los cielos y de la tierra (2ª Crónicas 6.26; Salmos 24.1), dijo: «Yo les daré en el mundo venidero la vida eterna, y les daré ahora mismo el equivalente a cien veces, es decir, el diez mil por ciento».

Si hay una cualidad tan necesaria y tan ausente de muchas vidas, ella es la abundancia. Cristo no nos prometió una abundancia de cosas; lo que sí

prometió, es una vida abundante.

Algunos dirán que el secreto de una vida abundante reside en la persona con quien uno se casa. Las Escrituras dicen: «El que halla esposa halla el bien» (Proverbios 18.22). Muy probablemente ninguna persona sobre esta tierra añadirá o restará felicidad a su vida más que la persona con quien usted se casa. Muy probablemente, ninguna persona tendrá mayor influencia para que usted vaya o no vaya al cielo cuando muera, más que la persona con quien usted se casa. Sin embargo, su cónyuge por sí solo, no es la vida abundante.

Otros insistirán en que la vida abundante la constituyen los hijos. Tener hijos saludables, felices, que vayan por buen camino, es un privilegio supremo en la vida. Son dos veces que en la Biblia se lee: «El hijo sabio alegra al padre, pero el hijo necio es tristeza de su madre» (Proverbios 10.1; 15.20).

Otros dirán que el secreto de una vida abundante reside en vivir libres de dolor y de enfermedades crónicas. Un recorrido por los corredores de cualquier hospital importante hará que uno grite de alegría por no estar enfermo. El salmista dijo: «Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, él que sana todas tus dolencias» (Salmos 103.1–3). Si uno se siente bien físicamente, tendrá una bendición que nadie tiene la capacidad de explicar con palabras.

Otros dirán que «la vida abundante es la abundancia de cosas». Lo llevarán a uno a sus casas y le mostrarán más cosas de las que su mente puede procesar. Al pasar de una habitación a otra, esto es lo que dirán: «En este lugar fue donde adquirí esto, y esto fue lo que me costó». Detrás de cada uno

de los artículos que poseen hay toda una historia. Sin embargo, esto fue lo que sentenció Jesús: «... la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee» (Lucas 12.15).

No voy a menospreciar el valor de una buena esposa, o de unos buenos hijos. En lo personal estoy agradecido de que tenemos cuerpos fuertes y saludables, y me alegra que tengamos suficientes posesiones para vivir cómodamente, sin embargo, uno puede tener todas estas bendiciones y tener una vida muy desdichada. Uno puede estar sin estas bendiciones, privado de todas ellas, y aun así tener una vida abundante.

El apóstol Pablo tenía la vida abundante. No tenía esposa a quien susurrarle los secretos y tristezas de su vida. No tenía hijos. No tenía buena salud. Vivía su vida con un agujón en la carne. No tenía posesiones. Esto fue lo que dijo: «... lo he perdido todo» (Filipenses 3.8). Cuando murió, hasta donde sepamos, no tenía nada en este mundo excepto unos rollos y un manto los cuales rogó a Timoteo que le trajera. Sin embargo, esto fue lo que dijo: «... todo lo he recibido, y tengo abundancia; estoy lleno» (Filipenses 4.18). Pablo tenía la vida abundante.

¿Qué es la vida abundante? Esta vida tiene cuatro características.

UN PADRE

Tengo una vida abundante porque tengo un Padre que jamás me abandonará.

Al igual que algunos de ustedes, yo crecí sin padre, y no fue algo que me gustó. Me enojaba que otros chicos, prácticamente todos, tenían padre y yo no. Si usted tiene un padre, alégrese. Es una maravillosa bendición tener un padre terrenal.

Adolescente, puede que usted tenga momentos en su vida cuando su padre le parece desconectado de las personas corrientes, sin embargo, cuando tenga veintidós años se va a maravillar de lo brillante e inteligente que es su padre. Puede que llegue un día cuando usted dé todo lo que tiene en el mundo a cambio de poder tomar un teléfono y decir: «Hola, papá. Tengo un problema, y me gustaría oír tu opinión al respecto». Es una maravillosa bendición tener un padre sobre la tierra.

Yo tengo un Padre en los cielos, un Padre que está pendiente de cada paso que yo doy, que me ve de noche, que está conmigo cuando me levanto por la mañana, un Padre que oye cada una de las palabras que digo, un Padre que está en los cielos. El apóstol Pablo dijo: «... doblo mis rodillas ante el Padre» (Efesios 3.14). Esto es lo

que se nos enseña a orar «Padre nuestro que estás en los cielos» (Mateo 6.9). Juan escribió: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (1^{era} Juan 3.1). Tengo un Padre en los cielos que jamás me abandona.

UNA FAMILIA

En la vida abundante, tengo una familia que no me repudiará. Siempre y cuando yo desee al Padre, la familia me deseará a mí.

Pablo habló acerca de esta familia: «Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra» (Efesios 3.14–15). Dios tiene una familia. Parte de esta familia ya se encuentra en el Paraíso, y parte de ella todavía está en el mundo. Yo formo parte de una familia mundial y celestial de personas.

Como ministro que soy, hay personas con las cuales a veces tengo encuentros breves y luego estoy separado de ellas. Sin embargo, forman parte de la familia, y hay algo que me une a ellas.

Ha habido ocasiones en que me he bajado del avión a miles de kilómetros de mi casa, he andado entre personas de diferente cultura, color, nacionalidad e idioma; y estas han venido a toda prisa a mi encuentro, han puesto sus brazos sobre mis hombros, y me han llamado «hermano». Definitivamente tengo una familia.

Todos necesitamos una familia. Si usted está solo, si usted es de los millones de personas en este mundo que vive solo, usted tiene una familia, la familia de Dios. Habrá momentos en su vida cuando le será de gran aliento saber que forma parte de la familia de Dios. Habrá momentos cuando tener una familia, tener personas que mencionen su nombre en oración, tener personas que le den aliento, tener apoyo, será más precioso que el oro.

PERDÓN

Tengo un perdón que no conoce límites (Efesios 1.7). He predicado por tiempo suficiente a personas vulnerables y débiles, y he sido por tiempo suficiente una persona vulnerable y débil, para saber que todos necesitamos perdón. Esto es lo que leemos: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1^{era} Juan 1.8).

Tenemos recuerdos que flotan en nuestras mentes, los cuales deseáramos no tener, esto es, recuerdos de pecados —palabras que no debimos decir, serios errores que ahora lamentamos— pero las buenas nuevas del evangelio son que podemos

ser perdonados.

Por toda la Biblia, tanto en el antiguo como en el nuevo pacto, la historia es la misma: personas que pecaron muy seriamente y que fueron perdonadas muy generosamente. Leemos acerca de Jacob el suplantador, que llegó a ser Israel el príncipe. Leemos acerca de David el adúltero, que llegó a ser David el varón de Dios. Leemos acerca de Saulo el que se oponía al evangelio, que llegó a ser el propagador de este.

Mateo 1 contiene la genealogía de Cristo. En esta no se pretende dar todos los nombres de los que tuvieron parte en traer a Jesús al mundo. Da los nombres de cuarenta y dos hombres y cuatro mujeres. ¿Por qué se mencionan solamente cuatro mujeres en medio de cuarenta y dos hombres? Si bien nadie lo sabe con certeza, la mayoría de nosotros creemos que la razón se debe al deseo de recalcar que cualquiera puede ser perdonado.

Las cuatro mujeres mencionadas tuvieron un sórdido pasado. Tamar fue una ramera. Vemos allí a Betsabé. Usted sabe de ella y del adulterio que cometió. Rahab está en la lista. A esta se le describe en la Biblia como «Rahab la ramera» (Santiago 2.25). La cuarta mujer que se menciona es Rut. Aunque se le da una buena imagen, esta provenía de los moabitas, uno de los pueblos más adúlteros y paganos de la tierra. Las cuatro mujeres que se mencionan en Mateo 1 están allí como para decirnos: «Miren estas cuatro mujeres: una ramera, una adúltera, otra ramera y una moabita». Las cuatro fueron perdonadas tan extraordinariamente que llegaron incluso a tener participación en el proceso de hacer venir a Cristo al mundo.

Yo he recibido un perdón. Las buenas nuevas del evangelio consisten en que, sin importar lo que se haya hecho, puede recibirse perdón.

Un terrible error es difícil de desenmarañar. Puede que el derramamiento de petróleo ocurrido en Alaska en 1989 jamás se resuelva completamente. Dice un abogado que las continuas demandas jurídicas se seguirán dando en relación con este evento. Fue uno de los peores derramamientos de petróleo de la historia de los Estados Unidos: once millones de galones de petróleo fueron vertidos en el Estrecho del Príncipe William en Alaska. Más de mil seiscientos kilómetros de playa fueron destruidos. La totalidad de la población de nutrias marinas fue aniquilada. Toda la industria pesquera fue arruinada. Parece ser que la razón por la que ocurrió, se debió a que un hombre se embriagó. El capitán abordó la nave en estado de ebriedad y cedió los controles a un oficial de

tercera categoría, que no tenía licencia para esto, y que ni siquiera pudo hacer que la nave transitara por un canal de dieciséis kilómetros de ancho en un día soleado y tranquilo.

Puede que usted haya hecho algo igualmente catastrófico, sin embargo, estas son las buenas nuevas del evangelio: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1^{era} Juan 1.9). ¿Mató usted alguna vez a alguien? David lo hizo, y a pesar de esto él estará en el cielo. ¿Cometió usted adulterio alguna vez? David también lo hizo, y él estará en el cielo. ¿Mintió usted alguna vez en perjuicio de un inocente? David también hizo esto, y él estará en el cielo. Juan dijo: «Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre» (1^{era} Juan 2.12).

UN FUTURO

Jesús me ha dado un futuro: un futuro que no tiene fin.

Muchas personas en este mundo darían todo lo que tienen, tan solo para tener un futuro. Les rodea el olor a muerte. Sin embargo, por más que lo intentemos, tarde o temprano, a todos nos caerá esa sentencia. Una pequeña enfermedad, demasiado pequeña para ser percibida por los ojos, entra en el torrente sanguíneo, y uno va para el sepulcro. Un ataque cardiaco de noche, un coágulo, o un accidente de tránsito, y hasta allí llegó la vida. Cuando suceda, necesitamos tener un futuro que no tenga fin. Por más que lo intentemos, no podemos evitar la muerte.

Llegado el momento, cuando parece que ya no nos queda futuro, las buenas nuevas del evangelio son que sí tenemos un futuro que es para siempre. Esto es lo que se nos dice: «Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día» (2^a Timoteo 4.8). Tenemos un futuro que será eterno, un futuro en el que no habrá dolor, ni problemas, un futuro en el que no se conoce la agitación, ni la confusión, ni el cáncer, ni las úlceras de esta tierra: un futuro con Dios.

No es que los cristianos tengamos deseos de morir. No debemos ir por la vida deseando poder ir de inmediato al otro mundo. Debemos vivir por tan largo tiempo como nos sea posible, y hacer todo el bien que podamos. Sin embargo, los cristianos tenemos un futuro, un futuro que ha sido garantizado por la sangre del Cordero de Dios y que se nos ofrece a por la sublime gracia de Dios.

Sir Walter Raleigh cayó en desgracia delante de su rey. Aunque era uno de los más grandes escritores y poetas de Inglaterra, fue decapitado en la torre de Londres. La noche anterior a su decapitación en 1618, él escribió un poema que fue hallado más adelante en su Biblia dentro de su celda. Estas son las palabras que consignó en su poema:

Aquí en el oscuro y mudo sepulcro
Cuando hemos recorrido todos nuestros caminos,
Se ha puesto punto final a la historia de nuestros días.
Pero de esta tierra, de este sepulcro, de este polvo,
Confío en que mi Dios me levantará.

La expresión «Pero de esta tierra, de este sepulcro, de este polvo, confío en que mi Dios me levantará» es la convicción del cristiano. Pablo dijo: «... se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados» (1^{era} Corintios 15.52).

CONCLUSIÓN

¿Qué significa tener la vida abundante? Jesús dijo que nos dará una vida en la que hay un Padre que jamás nos dejará, una vida en la que hay una familia de iguales cristianos, una vida en la que hay perdón de todos nuestros pecados y una vida en la que hay un futuro eterno en los cielos.

Si usted desea esta vida abundante, no estoy en condiciones de dársela. Puedo tenerla, pero no puedo darla. Solo Jesús puede darla. Si usted es un creyente en Cristo, hoy puede volverse de sus pecados arrepentido, y con amor en su corazón y aprecio por su alma, someterse a la gracia de Dios en el bautismo. Romanos 6.4 dice: «Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva». Cristo la ha ofrecido. ¿La recibirá usted?

Autor: Paul Rogers

© Copyright 2008 por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados